

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 122 —BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1916



Gorizia bombardeada. Detrás Salcano y el Monte Santo

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El esfuerzo financiero de Inglaterra.—II. La lista negra de Inglaterra.—III. Los Balkanes.—IV. El rigorismo de la ley

I.—El esfuerzo financiero de Inglaterra

Nada puede dar mejor idea del esfuerzo gigantesco que está realizando Inglaterra, que la estampación de los créditos hasta ahora votados por el Parlamento. Son cifras de las que es difícil hacerse cargo.

En el año económico de 1914-15 fueron concedidos: el 6 de agosto, 100 millones de libras esterlinas; el 15 de noviembre, 225 millones; el 1 de marzo, 37 millones; en el año de 1915-16 los gastos aumentaron: el 1.º de marzo, 250 millones; el 15 de junio, 250 millones; el 20 de julio, 150 millones; el 15 de septiembre, 250 millones; el 11 de noviembre, 400 millones; el 21 de febrero, 120 millones. La progresión ascendente todavía se ha acentuado. En el presente ejercicio económico, los créditos han sido: el 21 de febrero, 300 millones, el 23 de mayo, 300 millones; y el 24 de julio, 450 millones, cifra esta última que jamás, en el transcurso de la historia, se había pedido de una vez al país.

Resulta que los créditos concedidos en el primer año económico (hasta el 1.º de abril de 1915) ascien-

den a 362 millones; los del segundo importan 1.420 millones; y los del actual, a cuya mitad aún no hemos llegado, a 1.050, o sea en total, desde que comenzó la guerra, 2.832 millones de libras, equivalentes a 70.800 millones de pesetas oro.

Con el crédito votado el 23 de mayo se creía poder atender a todos los gastos hasta primeros de agosto, pero el dinero se ha concluido antes, porque se suponía que el gasto medio diario sería de cuatro millones 750.000 libras, y en los últimos tiempos ha llegado a seis millones, o sean 150 millones de pesetas diarias. El promedio diario en 1914-15 fué de un millón 500.000 libras, y en 1915-16 de 3.500.000, de suerte que los gastos han crecido como la espuma.

El importe total de los créditos no ha sido invertido en realidad por Inglaterra en sus gastos militares; hay partidas de consideración cuya cuantía exacta se desconoce, empleadas en hacer anticipos a las naciones aliadas. Es de suponer que Rusia se ha llevado la mayor parte.

En presencia de estas cifras se comprende que es Inglaterra el alma de la guerra, y que sin el decidido

apoyo que presta a sus aliados hace ya tiempo que se habría firmado la paz. Hasta ahora, la contribución en sangre pesaba poco sobre el país, pero como las batallas del Somme han producido un número aterrador de bajas en las filas inglesas, habrá que ver si la Nación se decide a soportar la mayor carga económica y además a participar en el sacrificio humano. Ahora es cuando para la Gran Bretaña ha empezado prácticamente la guerra.

Se deduce también que para sostener la lucha no basta fabricar una cantidad enorme de cañones y municiones, sino que es necesario el nervio esencial de la guerra: dinero, dinero y dinero, en proporciones casi increíbles. El desequilibrio económico, tanto en Inglaterra como en los demás países beligerantes ha de llegar un momento en que habrá de manifestarse, y aunque es probable que se retrase hasta después de concertada la paz, ¿qué ocurrirá entonces? Los problemas que habrán de liquidarse al concluir la guerra no serán de índole sangrienta, pero sí tan pavorosos y complejos como los que se ventilan ahora por las armas. Y en esa segunda etapa, la más temible para los neutrales, el mundo entero se sentirá mezclado, sin que nadie pueda substraerse a la tremenda liquidación.

II.—La lista negra inglesa

Soliviantada anda la prensa de los Estados Unidos al saber que varias casas norteamericanas han sido incluídas en la famosa lista negra inglesa, y en la imposibilidad por consiguiente de comerciar con la Gran Bretaña. Si algún atropello excede a lo que la imaginación más exaltada pudiera discurrir, es ese de la lista negra. A las casas que se sabe mantienen relaciones comerciales con los Imperios centrales, se les cierra a piedra y lodo la frontera inglesa. Es una nueva especie de bloqueo, que no va directamente contra el enemigo, sino que amenaza y coacciona al neutral. Se niega a éste su libertad de comerciar con quien y como quiera y pueda; claro que se expone, si lleva contrabando, a la captura y confiscación; pero no se contenta con esto Inglaterra, y no se satisface porque demasiado sabe que la eficacia del bloqueo no es real y que carece de fuerzas para hacerlo efectivo. No pudiendo ella destruirlo con sus elementos propios, como se ha hecho siempre, pretende imponerse por el terror a los comerciantes neutrales. ¡He aquí un elocuente testimonio de la libertad, el derecho y la justicia! No hay más derecho que el de los cañones.

Hasta ahora, Alemania, que desea cargarse de razón, no ha tomado represalias, pero ha insinuado que seguirá el mismo camino que su rival. Si lo mismo hacen los demás beligerantes, la vida comercial de los neutrales va a ser imposible, porque han de incurrir en las iras de los unos o de los otros, y cuando se restablezca la paz no habrá medio de entenderse.

Si Inglaterra no cede pronto, e insiste en sostener su acuerdo contra ciertas casas exportadoras yankees, va a tener algún disgusto. En estas cuestiones económicas no son los norteamericanos gentes acomodaticias y flexibles; sostendrán su derecho con la mayor energía, y como aquella República está prestando una ayuda inmensa a los aliados, Inglate-

rra vacilará mucho antes de malquistarse definitivamente con ella. El tema, apreciado con rara unanimidad, por la prensa de los Estados Unidos, es de los que más interesan a los neutrales, tanto desde el punto de vista mercantil, como por el estado de desasosiego y la división de sentimientos que se crearía al restablecerse la paz. Nos parece que Inglaterra está demasiado engreída y todavía no se da cuenta de que su situación real no es tan firme como aparente y ella quisiera que fuese. Necesita unas cuantas batallas más como la del Somme, para moderar su ímpetu.

III.—Los Balkanes

Con la seguridad y el aplomo habituales en ella, la prensa aliada anuncia el inmediato castigo de Bulgaria por su *deslealtad*, y a este efecto la amenaza con la acción del ejército que capitanea el general Sarrail. Menguado ejército parece éste para tan alta empresa y tardía ocasión se nos antoja la que se avecina, después de muerta Serbia y de expulsados de Gallípoli los franco-ingleses. Los heraldos del castigo han sido los serbios lanzados contra los búlgaros, habilidad a que estamos archiacostumbrados, pues de memoria sabemos que a los aliados del Oeste les place mucho enviar a la guardia a las tropas abigarradas y heterogéneas, allegadas de todos los climas y latitudes.

El lenguaje altivo ahora empleado es más firme que el de antes. No será ciertamente porque los soldados de Sarrail, atacados por el cólera y otras enfermedades, sean más de temer que en abril o mayo; debe de haber algo escondido, que no puede ser más, en definitiva, que la actitud de Grecia y Rumanía.

La agitación venizelista va en aumento en Grecia; es una de las felicidades que ha deparado al reino heleno la intervención anglo-francesa. Como no ocurra algo imprevisto, casi sobrenatural, Venizelos —a quien ha cabido el triste honor de ser intérprete de la política extranjera—saldrá triunfante en las próximas elecciones, y dentro de pocos meses veremos a Grecia ocupar un puesto en las filas de la alianza, a menos que los imperiales, por procedimientos expeditivos y contundentes, paren a tiempo el golpe o hagan que caiga sobre otro escudo. Tal como se desenvuelven los sucesos, Grecia no figurará junto a los imperiales, sino contra ellos. Contingencia es esta que no asusta mucho a búlgaros ni turcos, porque Grecia podía causar mucho daño a los aliados y poco a los alemanes y balcánicos.

En cambio Rumanía puede desempeñar un papel importantísimo. A punto estuvo de declarar la guerra a los germanos, pero las terribles derrotas de los rusos, el año pasado, la contuvieron. Sin saber qué partido tomar, el aplastamiento de Serbia le sirvió de advertencia; abrió a sus productos la frontera austriaca, y durante algún tiempo pareció que resueltamente abandonaba la causa de los aliados. No era así, sin embargo; aquello no fué más que una medida dictada por la necesidad. En Rumanía no hay verdadera opinión pública; un puñado de personas hablan por todos los habitantes y manejan el país, y las más de esas personas no ocultan las simpatías que sienten por los aliados.

Las derrotas de los austriacos y la inactividad de los alemanes han provocado el recrudecimiento del espíritu belicoso en Rumanía. Pero como este país ha

dejado pasar los acontecimientos de más importancia, sin tomar una resolución inmediata, se ha acostumbrado a la lentitud, que engendra timidez y vacilación, y se encuentra ahora, como en fechas anteriores, en el caso de aquel que quiere y no se atreve. Y es posible que llegue también tarde, esto es, que cuando vaya a formar en el palenque, un nuevo cambio en las operaciones de la guerra le imponga, una vez más, cordura. Aun así, creará que podrá repetir la maniobra de 1913, y ganar una guerra sin disparar un tiro; se equivoca. Lo positivo, hoy por hoy, es que Rumanía se dispone a intervenir en la guerra y está regateando las compensaciones con su poderoso vecino, Rusia, y Francia e Inglaterra.

Los imperiales, a su vez, por vía de aviso, acaban de llevar tropas turcas a Galizia: hecho sorprendente, porque más falta hacen esas tropas en Armenia. Ello demuestra dos cosas: en primer lugar, que los alemanes han dado seguridades a la Sublime Puerta de que, después de vencida Rusia en Europa, un fuerte ejército alemán se trasladará al Cáucaso; en segundo lugar, que las tropas turcas, si han llegado sin dificultad a Galizia, mucho más fácilmente alcanzarán las orillas del Danubio, de suerte que si Rumanía abandona la neutralidad, no será Bulgaria sola la que la contenga, pues cooperará también Turquía, y por de contado algunas fuerzas imperiales.

¿Estará Rusia en disposición de enviar algunos cuerpos a que peleen al lado de los rumanos, y podrá facilitar a éstos el material de guerra que necesitan?

El porvenir no está lo bastante despejado para que Rumanía no vacile. Por poco que tarde en intervenir, habrá pasado la oportunidad; y como el tiempo perdido no se recupera, los rumanos corren, a la postre, el peligro de captarse la enemistad de los unos y de los otros. Es el inconveniente que tiene el pretender guiarse, en las grandes resoluciones, por hechos ciertos y matemáticos. El fallecimiento del rey Carlos, de carácter más decidido, y con el prestigio de dos guerras victoriosas, fué un grave contratiempo para aquel país y también para los Imperios centrales, porque si el monarca supo contener a la opinión aliadófila cuando todo parecía favorecer a los aliados, no es dudosa la resolución que hubiera adoptado al clarearse más la guerra: cuando menos una neutralidad completa y una amistad franca y leal a Alemania y Austria-Hungría, amistad que hubiese tenido la debida recompensa. Actualmente, Rumanía es juguete de sus vacilaciones y de los manejos de las cancillerías beligerantes. ¿Surgirá el hombre audaz que ponga el timón en sentido determinado, a la derecha o a la izquierda, sin preocuparse de las consecuencias? Difícil es.

IV.—El rigorismo de la Ley

La ejecución del capitán mercante Fryatt—que trató de echar a pique a un submarino alemán—ha revestido todas las garantías legales apetecibles, y no es más que uno de los muchos episodios dolorosos de la guerra. De la misma manera, la ejecución del héroe irlandés Sir Roger Casement, ha sido un mero acto de justicia humana. Pero ni el uno ni el otro, aunque entren en el Código escrito y en el de-

recho penal, son incidentes vulgares que puedan pasarse en silencio.

El capitán inglés que, al acercarse un submarino con el propósito de hundir su barco, cree que mediante una rápida maniobra podrá destruir al sumergible y salvarse él mismo y algunos otros buques, no pensó de fijo en si su acción estaba penada o no por las leyes, sino que obró a impulsos de un ferviente y elevado patriotismo. Bien condenado a muerte estuvo, pero... ¿se le debió de fusilar? ¡Oh! Ciertamente, no. Su ejecución no servirá de escarmiento a nadie, al contrario, porque los demás capitanes, en su caso, se dejarán llevar por su temperamento y la inspiración del instante, aguijoneados por el patriotismo. ¡Cuán bien hubiera sentado en todas partes que al rigor de la ley hubiera seguido la templanza de la piedad! Torpes anduvieron los políticos alemanes en este caso.

Y más torpes todavía los ingleses. Casement, vivo, fuera un condenado, un delincuente, un ejemplo del pasado y del castigo; Casement, muerto, se ha trocado en emblema, en símbolo de la independencia irlandesa, ha ascendido al rango de héroe popular, y su recuerdo dañará y perseguirá a los ingleses por muchas generaciones. Al ejecutar a Casement a sangre fría y mucho después de ocurrido el hecho, Inglaterra no ha obrado por la necesidad de un escarmiento oportuno, pero ha demostrado que es implacable y da la razón a los que quieren ser implacables con ella.

El perdón de ambos mártires hubiera suavizado no poco los odios entre las dos grandes naciones. Estos hechos que parecen insignificantes—ahora, en que diariamente mueren a millares los hombres—hubiesen tenido extraordinaria trascendencia. Nunca la magnanimidad ha perjudicado al fuerte. De desear es que Alemania e Inglaterra se percaten de lo que piensa el mundo, y no se repitan hechos tan dolorosos que, sin producir ninguna ventaja a quienes los realizan, les perjudican, y aumentan el carácter de odiosa crueldad que en sí misma lleva aparejada toda guerra. Hay que vencer con las armas, es verdad, pero hay que procurar también el ganarse las simpatías de los neutrales y el respeto de los adversarios. Bastante han hablado las armas, para que la templanza deje oír su voz.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

Jaroslau.—Tarnov.—Muertos danzantes.—
El Visloka

XXII

Después de visitar los fuertes de Przemyśl nos dirigimos a la estación. Y, mientras seguimos con las miradas las ruinas que alrededor de la estación han dejado las llamas, ocúpense soldados en embarcar nuestros automóviles en carros del ferrocarril, para poderlos llevar a la mano, llegado el caso. He dicho estación, y con razón, pues que estación significa en el caso el lugar en que los vehículos hacen parada, sin presuponer la existencia de edificio alguno. Así es, por ejemplo, en el caso de la estación de

Przemysl, donde hubo ciertamente un edificio, que no existe ya, sin dejar por esto de ser estación.

El camino se dirige primero hacia al N. E. para en lenta curva cambiar su dirección de S. a N. A nuestra izquierda podemos ver de conjunto los restos de dos fuertes. El uno, muy cercano a la vía defendía a ésta en sus tiempos. Ahora yace ahí en trozos informes, roto el vientre, hacia el cual se dirigen dos bocas de cañones desencajados como dos grandes ojos del monstruo avergonzado de su vencimiento. El tren, el amenazado de otros días, riela arrogante y flexible frente a su protector despedazado, resoplando bocanadas de humo, confiante en su derecho a la existencia, y el monstruo vencido contempla sin desviar las miradas sus entrañas deshechas, sumergido en una tristeza casi humana. Misterioso; ¡cómo se semeja el alma de las cosas al alma de los hombres!

Del otro fuerte, más lejano, no nos diéramos cuenta a no llamarnos la atención el oficial guía. Huellas de la lucha se descubren; pero no más que en cualquiera otro campo de combates.

A la derecha de la vía, por ejemplo, entre ésta y el río, el San, hay más huellas de lucha. Cráteres («embudos») abiertos por las granadas, excavaciones de trincheras empezadas, restos de alambrados de púas, sacos de arena despanzurrados y otros mil recuerdos de la lucha esparcidos por la pradera, salpicados de cruces de madera sobre montoncillos de tierra. El San, cual si temiera contaminar sus aguas de oro, resbala huyendo de las huellas fatídicas, en zigzag, presuroso y gimiendo de horror.

En Jaroslau hacemos corta estación. A los últimos resplandores del crepúsculo podemos comprobar que aquí ha tenido lugar un combate aguerrido y largo. De otra manera no se podría explicar el sufrimiento de la ciudad. Casi no hay un edificio intacto, de muchos quedan las paredes desnudas nada más y de otros apenas los cimientos cubiertos de tablas y piedras.

La marcha continúa con bastante lentitud hacia el O., hacia Tarnov. Refrescados por el viento agradable de la noche, recostados en los cogines del coche, sentimos todo el placer del descanso. En nuestro *coupé* se sienta también un oficial viejo, retirado, antes de la guerra, actualmente activo como «oficial ordenanza». Flaco, grande, apujotado, recuerda aquellos viejos Habsburgos con que empieza la historia de la casa imperial. Es el retrato de Rodolfo I, el conde pobre de Suiza y Alsacia, electo rey de Alemania, de que hablan las historias: enérgico e incansable, cabiloso y tenaz, y a la vez sociable, alegre, locuaz.

«Los oficiales rusos,—cuenta fijando sus ojos vivos en cada uno de los presentes,—son gente que se sabe divertir y no pierde ocasión de hacerlo, aun en medio de las luchas de hoy día. En la ciudad a donde llegan, lo primero que hacen es arreglar como pueden su casino para jugar y divertirse. Y como son alegres y de buen humor, no les cuesta trabajo.

»En mayo último, mientras nuestro ejército se preparaba en todos sus miembros al empuje colosal que libertó Galizia, al otro lado del Dunajez, dentro del radio de acción de nuestros grandes obuses y morteros, en Tarnov, se había reunido una compañía de oficiales rusos para hacerse grata la vida. Lu-

gar de reunión era el gran salón del palacio y no sucedía raramente que se olvidaran de la realidad a los acordes de una orquesta suave en las voluptuosidades del baile. Para una de esas noches habían tenido el gusto—el ruso ama la compañía—de reunir una gran cantidad de mujerzuelas. Y el baile se había iniciado en medio de la mayor animación. El vino y el champagne bullían los espíritus calenturientos. Mientras la mayor parte hacían resbalar sus pies sobre el suelo de baile, otros obsequiaban a sus «damas» en el buffet y no pocos se perdían en idilios eróticos por los corredores y pasillos del palacio. Todo era alegría y contento. El momento era propicio para un acontecimiento de importancia.

»Y así fué. Nuestros morteros, siempre alerta habían descubierto de seguro la iluminación del palacio. Después de la media noche se escuchó el estallar de una granada de 30,5 cms. en un extremo del palacio. Las consecuencias son características. De los 200 concurrentes de ambos sexos, sólo quedaron con vida ocho. Muchos fueron despedazados por las astillas de cascos u objetos destrozados; los otros perdieron la vida con los cuerpos intactos exteriormente. El salón de baile quedaba dentro de la zona de explosión de la granada. La presión intempestiva del aire detuvo en los pechos de los danzantes el movimiento del corazón. En el salón se encontró después, entre los caídos, muchos que habían encontrado apoyo en algún objeto fuerte y presentaban el aspecto, dama y caballero enlazados, de muertos danzantes».

—«Bien merecido lo tuvieron las *cocottes* que se entregaban a los rusos»,—propone uno de mis colegas después de una ligera pausa silenciosa.

—«No, ¿por qué?—opone el oficial,—eran mujeres, y como tales no pueden tener ideas políticas ni patriotismo independientes y propios. Ellas son lo que sean los hombres que tienen más cerca, como que no existen por sí mismas y no son sino un aditamento del hombre».

A las 5 a. m. nos despierta la luz rojiza del sol de la mañana. El tren atraviesa el Visloka, de guerrera memoria. Desayunamos. A lo lejos serpentea una columna gris de soldados austro-húngaros. Es mediodía: ¡Tarnov! Mientras almorzamos bajan los autos de los carros de ferrocarril y vienen a ordenarse frente al restaurant.

J. C. GUERRERO

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

De cómo, por primera vez, no asoma la discordia

—No lo crea V., señor A; a mí no me extraña el lenguaje petulante de la prensa aliada, ni las bravatas ni tartarinadas de los discursos. Si la guerra es un estado de locura de los pueblos, nada más natural que la pérdida momentánea de la ecuanimidad en los países que se encuentran en aquel caso. Lo comprendo y me lo explico. Me mueven a risa las exageraciones, y me infunden más piedad que indignación, porque cada vez que leo uno de esos alegatos pienso invariablemente: «¡Cómo se arrepentirá el

autor, persona de talento innegable de las enormidades que afirma y sostiene en estos momentos de extravío! Día llegará en que sentirá en el alma el no poder destruir toda la venenosa labor que ahora realiza».

(El señor A).—Entonces ¿por qué censura V. los artículos del señor X?

—Por la sencilla razón de que el señor X no es francés, ni inglés, ni alemán, ni ruso, y está por consiguiente en la obligación de discurrir con más serenidad y mostrar más cautela y circunspección.

(El señor A).—Pero, si el señor X ha abrazado con ardor la causa francesa, pongo por caso, por estimar que es la que mejor cuadra con sus ideales ¿qué mucho que la defienda como cosa propia y se sienta arrebatado por los mismos sentimientos y pasiones que si fuera beligerante?

—Eso es lo que niego. Y sostengo que lo que es disculpable en un francés, inglés o alemán, resulta forzado, artificioso, falso, completamente falso, en labios de un neutral. Cuando leo uno de esos turibundos artículos, leo la firma que hay al pie: si es de un beligerante, suelo sonreirme y me encojo de hombros; si pertenece a un neutral, me causa repugnancia. Lo espontáneo es digno de respeto; lo que envuelve otras miras y no obedece a motivos patrióticos, me repugna.

(El señor A).—De modo que ¿V. niega que un neutral pueda sentir la causa francesa o rusa o austriaca con la misma intensidad y vehemencia que los naturales de esos países? ¡Me parece mucho!

—No lo niego, antes lo comprendo, bien que lo vitupere, salvo casos excepcionales, porque entiendo que cada cual debe de guardar sus energías para su patria. Pero si tan poderosos son los sentimientos extranjeros de los tales, medios tienen a su alcance de darles abundante satisfacción: que empuñen un fusil y vayan a batirse en las trincheras. Entonces creeré en la sinceridad de lo que dicen; mientras sus catilinarias se paguen a tanto la línea o reciban otros premios bastante materiales, V. me permitirá que desconfíe y busque lo que se esconde debajo del tinglado. Jamás los mercenarios, por vergonzantes que sean, han sido santos, y, aunque lo fueran, no lo serían de mi devoción, ni de la de muchísimos.

(El señor B).—Estas palabras las extenderá V. a todos, sea cualquiera el campo en que militen; no querrá V. limitarlas a los de un solo bando.

—A todos, sin excepción. He de añadir, empero, en honor de la verdad, que en la práctica mi censura sólo alcanza a los que están consagrados a pintar los sublimidades de cierta nación. Vengo observando que los corresponsales neutrales, no sólo españoles, en Inglaterra, Alemania, Rusia, Austria, Italia, nos refieren las cualidades buenas de las naciones en que moran, tarea muy plausible, aunque a veces se corren un poco y extreman la nota; casi nunca el que reside en Inglaterra, por ejemplo, se pone la toga de dómine cursi y se lanza a hablar mal de Alemania o a contarnos lo que sucede a miles de leguas de Inglaterra y que sabe menos aún que nosotros; lo mismo digo de los corresponsales neutrales, y repito que no exclusivamente españoles, en Alemania, etc. En cambio, los que ejercen su oficio en Francia apenas, si no es muy de pasada, nos refieren nada de este país, y escriben largo y tendido sobre lo

que sucede en Alemania, las maldades de ese país, su situación angustiosa, su militarismo, en una palabra, sobre materias que ni ven, ni conocen, ni saben. Sin duda nos creen tontos, porque hasta la historia enmiendan y se figuran que los demás sólo sabemos de Alemania lo que ellos nos cuentan sabiéndolo menos que nadie. Es una labor que ni tiene fundamento, ni puede ser aplaudida por ninguna persona sensata. Muy santo y muy bueno que nos den a conocer los méritos, que creíamos amortiguados, del pueblo francés; pero que por su permanencia en Francia se crean autorizados a difamar a Alemania y enderecen todos sus esfuerzos a hacernos odioso ese gran Imperio, es cosa que me ataca los nervios. Creo que no dirán ustedes que soy exagerado, ni me aparto de la razón.

(El señor B).—Es verdad. Aunque los tales hagan el juego a nuestros amigos, su labor ni es envidiable, ni es plausible.

—Medios tiene cada cual para manifestar sus simpatías, sin vejar ni zaherir las del adversario. Y en todo caso, queda abierto el campo de la sátira y de la ironía, que tan buenos ratos nos hace pasar en estas conversaciones amistosas, ¿no es verdad, señor A?

(El señor A).—A V. le divertirán; pero a mí no me regocijan mucho, qué digamos.

—¡Vaya, señor A, a otro perro con ese hueso! V. hace ver que rabia, pero en su interior goza V. lo mismo que el señor B y que yo. De otro modo ¿acudiría V. a nuestras reuniones y sería tan puntual a la cita?

(El señor A).—Es una costumbre, mala costumbre, pero ¿qué quiere V.?

—Que demuestra su buen sentido y que no pertenece V. a la ralea de los señores que nos atosigan con sus ponzoñas pseudo-literarias.

(El señor B).—¿A qué atribuye V., don Subrio, ese prurito malsano de los tales?

—Mi querido señor B: si a V. le parece, prudente será que doblemos la hoja; V. lo sabe lo mismo que yo, y basta y aún sobra con eso. Dejémosles entregados al desprecio que se merecen; indignos son de que nos ocupemos más en ellos. Sigán en mal hora en su oficio reptilesco.

(El señor A).—¡Durito está V., don Subrio!

—No tanto como se merecen. Y basta ya del asunto. Díganme ustedes ¿qué noticias hay de la guerra, que no sean los delirios de los rusos, que parecen empeñados en aprisionar al planeta entero, y de las voladuras de túneles por parte de los alpiní? ¿Hay algo verdaderamente interesante?

(El señor B).—Si le he de ser franco, apenas leo los periódicos. Esta guerra me está produciendo un cierto efecto de cansancio.

(El señor A).—A mí también; como sé que la victoria final ha de ser nuestra, las peripecias e incidentes apenas me interesan.

—Sobre todo, la victoria final. Le hago a V. el mismo caso que cuando afirmaba que nuestras conversaciones le eran desagradables. ¡Valor convenido! A copia de repetir siempre lo mismo, pretende V. convencerse a sí propio. Dispuesto estoy a axiliarle en esta tarea, salvando mi responsabilidad, porque al despertar estoy seguro que me pediría V. cuentas.

(El señor A).—¿Qué otra cosa puede interesarme

de la guerra, sino su final? Éste ya lo sé, luego todo lo demás es secundario y no vale la pena de estudiarlo ni cavilar sobre ello. ¿No es V. de mi opinión, señor B?

(El señor B).—¡Exactamente! Puesto que Alemania ha de ser vencida, lo está ya, es ocioso y pueril que nos tomemos malos ratos. La verdad no es más que una; esa la conocemos; ¿podemos pretender más?

—De modo que ¡a dormir! No está mal discurrido. Es una manera como otra cualquiera de echarse las penas a la espalda; no digo pelillos a la mar, porque acaso los tomaran los ingleses por submarinos y no quiero hacerme culpable de que aumenten sus preocupaciones. Pues ¡vean ustedes lo que son las cosas! También yo me siento inclinado a tumbarme a la bartola. Como igualmente tengo seguridad en la victoria final... Pero... y ¿si se equivocaran ustedes? ¿No pudiera ser?

(El señor A).—¿Por qué no ha de ser V. el equivocado, don Subrio?

(El señor B).—Unos u otros hemos de acertar; para mí, que no será V.

—¿Y si nos equivocáramos todos, qué gesto pondrían ustedes?

(El señor A).—¿Qué quiere V. decir, don Subrio? ¡Eso es imposible!

—Sencillamente que los tres colosos de occidente llegaran a un acuerdo, pagando los demás las costas; como si dijéramos, un *modus tragandi*.

(El señor B).—No crea V. que esa idea sea ningún disparate. Si Alemania no fuera muy exigente, Inglaterra podría obtener una buena compensación.

(El señor A).—Pero, Francia ¿obtendría la victoria?

—¡Dos victorias, si fuera menester, aunque le costaran un par de provincias a otro que no fuera Alemania! ¿Qué me dicen ustedes?

(Los señores A y B).—¡Lo pensaremos, don Subrio, lo pensaremos!

—En secreto: hace dos meses que no piensan en otra cosa en las cancillerías.

SUBRIO ESCÁPULA

EN EL FRENTE AUSTRO-ITALIANO

El coronel Repington, redactor militar de *The Times*, ha visitado detenidamente el frente italiano, describiendo después sus impresiones en varios artículos, que ha publicado aquel periódico. Aunque se advierte enseguida la tendencia a halagar el amor propio italiano, poner término a la indiferencia con que los ingleses siguen las operaciones del ejército de Cadorna y cortar las censuras y las ironías de algunos periodistas británicos, hay una parte en los artículos referidos que tiene indudable interés, y la reproducimos a continuación:

Los ejércitos de Köwes y de Dankl están peleando con el principal ejército italiano en el frente del Tirol (esta carta está fechada en junio, y publicada el 11 de julio). Frente a Cadorna está el famoso 14º cuerpo de ejército compuesto de montañeses del Tirol y del Voralberg. A lo largo de las estribaciones N. E. de los Alpes Cárnicos se encuentra el 10º ejército austriaco, de von Rohr. Desde Tolmino, en el Ison-

zo, hasta el mar, se extiende el 5º ejército, del general Boroëvic, y otros destacamentos y divisiones que tienen cometidos especiales. En total hay ciertamente 600.000 combatientes austriacos en línea, y con los servicios auxiliares un millón de hombres. El número total de los batallones enemigos identificados, incluyendo voluntarios y de las sociedades de tiro, se acercaba a 500 cuando comenzó la ofensiva austriaca, y hasta aquí la fuerza austriaca se ha mantenido sin disminuir, gracias a los batallones de marcha, que han acreditado a la organización austriaca. Si a este formidable ejército se agrega una masa enorme de artillería alemana y austriaca, gran cantidad de ametralladoras y municiones, de seguro admitiremos que Italia, atrayendo a una importante parte de las fuerzas austriacas, incluyendo algunos de sus mejores elementos, derrotándolas a menudo y conquistando unas 770 millas cuadradas de terreno, ha cumplido sus deberes hacia la causa común y ha hecho más de lo que podía esperar quien conociera a Italia antes de la guerra. Italia también tiene condenada a la inmovilidad a la escuadra austriaca.

La causa de los aliados debe mucho al general Cadorna, que es un hombre de clara visión y firme carácter, y que perseguirá con resolución los objetivos de la guerra hasta darles cima. El general conde Porro della Bicocca e Santa María merece grandes elogios por sus excelentes servicios en el Estado Mayor, y los comandantes de ejército y cuerpos de ejército y el intendente general, han ganado la gratitud de Italia.

El frente del Isonzo no es por el momento el punto de más interés, pero sí lo ha sido en el pasado y puede tornarlo a ser, porque mucha gente cree que solamente allí los grandes ejércitos modernos pueden encontrar terreno bastante para hacer uso de todos sus medios. En esa dirección es donde pueden obtenerse los mejores resultados estratégicos, y el general Cadorna tiene el mérito de haberse ajustado desde el primer momento a los severos principios de la estrategia y aferrarse a ellos tenazmente.

Sobre este frente del Isonzo, que se extiende desde Plezzo, en el alto Isonzo, hasta el mar, se encuentran porciones del ejército austriaco del general Rohr, así como los cuerpos de ejército 7.º y 6.º y la división de Nabresina, mandadas todas las fuerzas por Boroëvic. Estas tropas varían entre 70 y 100 batallones, de desigual composición, porque hay muchas unidades que sólo son aptas para la defensiva. Está bien atrincherado en muchas líneas de obras y apoyado por una fuerte masa de artillería austro-alemana, situada en excelentes posiciones a retaguardia. El Isonzo no es la línea divisoria entre los dos beligerantes. Los austriacos ocupan la orilla derecha al S. de Tolmino y otra considerable porción de la misma orilla frente a Gorizia. En cambio, los italianos tienen la orilla izquierda desde Plezzo a cerca de Tolmino, y toda la parte sur, desde la cresta del Carso opuesta a Gradisca, por Monfalcone al mar.

La posición austriaca es fuerte, y aun en los puntos en que se mantienen en la orilla derecha, no es posible batirlos de flanco con la artillería y ametralladoras. Al mismo tiempo, este frente austriaco presenta puntos débiles, y, teniendo en cuenta los progresos ya hechos por los italianos y las ventajas que el terreno ofrece para la acción de grandes masas

imagino que Ca lorna sólo necesita una fuerza superior en cañones para romper el frente. Estos cañones tendrán un teatro favorable a su actividad, y tan pronto como las circunstancias permitan al general italiano llevar su atención una vez más a este sector, creo que sólo será cuestión de pagar un buen precio por el éxito. No pienso que sea deseable que yo dé mis razones para sostener esta opinión, y me debo de contentar con apuntarla, dejando aparte cuestiones de táctica, de las cuales depende la victoria italiana en el Isonzo.

La Carnia se extiende desde Plezzo al monte Peralba y reviste otro carácter. La línea italiana corre a lo largo de la cresta de los Alpes Cárnicos, que está enteramente en manos italianas, y como no hay caminos carreteros que salven las montañas, excepto el de Monte Croce Carnico y otro en la extremidad oriental de estos Alpes, nos encontramos en un teatro propio de la guerra de montañas. El comandante austriaco en este sector es el general von Rohr, que aplica los principios contenidos en el librito sobre la guerra de montañas escrito hace años por el general von Kühn, el defensor del Tirol en 1866, y en general las disposiciones del enemigo son de carácter defensivo, estando las tropas escalonadas en profundidad, con primera línea, sostenes y reservas.

El extremo oriental de la línea puede revestir importancia cuando se reanuden vigorosamente las operaciones en el Isonzo, pero en el momento actual los austriacos están concentrados ante el paso de Monte Croce Carnico. Después de inspeccionar estos lugares, tengo la seguridad de que todo marcha bien para los italianos.

El mando en Cadorna se extiende desde Monte Peralba a lo largo de la frontera hasta un punto al norte de Val Lugana. En muchos sitios, y notablemente en la Cortina de Ampezzo, los italianos han cruzado la frontera, mientras en otros puntos los austriacos poseen la cresta, y en todo este frente el enemigo dispone de unos 84.000 hombres en total. Este mando es de importancia, porque sirve de enlace entre las operaciones del Isonzo y las del Trentino.

Desde el distrito de Cortina, dos caminos carreteros cruzan la vieja frontera y conducen al Norte al Pusterthal. Desde la región de Tre Cime los italianos dominan el Pusterthal y su vía férrea con los cañones de 28 y 30.5 centímetros que baten la línea entre Toblach y Sillian. Otro importante camino austriaco corre inmediato a la frontera al Este de Cavalese, y hay numerosos pasos en la línea que deben ser observados. Mientras Italia permaneció a la defensiva en el Trentino, la misión de las tropas apostadas en Cadorna fué bastante sencilla, pero como las columnas se van moviendo hacia el S. no puede decirse si ocurrirá un cambio el día menos pensado.

Las disposiciones italianas son muy completas, y en este punto es necesario decir algunas palabras sobre la guerra alpina que los italianos han llevado a un alto grado de perfección. Ellos son no sólo los únicos montañeses en el mundo, sino el único pueblo que posee guerreros famosos en la lucha de montaña, y fueron los primeros en Europa, después de Suiza, que organizaron científicamente la guerra alpina; en sus tropas alpinas poseen una fuerza sin rival para combatir en las altas montañas. Los alpini

son individualistas que piensan y obran por sí mismos y pueden combatir aisladamente. Son lo mejor del ejército.

Reclutados localmente; conocen todos los pasos y detalles de las montañas, que no le inspiran miedo en ninguna ocasión, y sus grupos, que equivalen a divisiones, están compuestos de atrevidos combatientes y han obtenido notables resultados durante la guerra. Su equipo, vestuario, artillería y transportes están bien adaptados a esta guerra de montañas; han vigilado bien toda la frontera y la han estudiado por completo desde todos los puntos de vista, por lo que los italianos tienen gran ventaja en las alturas.

No hay nada nuevo sobre estas tropas, cuyos métodos y táctica han sido la admiración de todos durante muchos años, pero en esta guerra han cambiado muchas cosas, y el empleo de la artillería más pesada en las montañas es uno de los hechos más notables. Los obuses de 30.5 disparan al otro lado de montañas de 3.000 metros de altura, y la experiencia ha enseñado a los italianos que han de resguardar estas piezas detrás de acantilados rígidos de varios centenares de metros, combatiendo contra la artillería austriaca a 18 kilómetros de distancia y separada por una o dos líneas de alturas. Uno imagina que los austriacos deben de poseer muchos cañones de 30.5, porque hay dos junto a Mauthen, más allá de la cresta de los Alpes Cárnicos, y otros en el mismo sector ocultos en cavernas. En estas cavernas, que son extremadamente difíciles de determinar, están seguros contra los shrapnels y a cubierto de los aviones; creo que los austriacos han construido galerías con varias posiciones para los cañones, que emplean según les conviene.

Este género de combate impele a los italianos a imitarlo, o a lo menos lo supongo así, y como no hay caminos carreteros propios para la artillería pesada, los ingenieros italianos entran en funciones, habiendo elevado el arte de construir carreteras a un grado eminente no igualado.

Son admirables estos caminos de montaña. Juegan con los Alpes y hacen posible lo imposible. Gracias a ellos y a los *filovia*, o ferrocarriles aéreos, se puede marchar de un punto a otro con gran rapidez y abastecer las guarniciones y destacamentos. Los teléfonos están en todos lados, las estaciones de observación en los picachos más altos, y el tiro de los cañones se hace preciso. No estoy seguro de que los italianos tal vez confíen demasiado en sus teléfonos y no echen de menos la telegrafía de señales. Cuando operan fuertes contingentes y las granadas caen por doquiera, muchos hilos telefónicos quedan rotos. Los pequeños automóviles, de una y media toneladas, recorren los caminos, y son valiosos auxiliares de la defensa.

Observé algunas baterías italianas en picos de unos 2.700 metros de altitud, cada cañón pesando once toneladas, la cureña cinco toneladas, y la plataforma, dividida en trozos, treinta toneladas. Estos cañones, según dijeron los oficiales de la batería, venían del llano a través de los caminos de montaña en siete horas, y se les ponía en posición en otras cinco. Todo es cuestión de carreteras, porque los *filovías* sólo pueden sostener 400 kilogramos, y los cañones se elevan como si ascendieran por los aires.

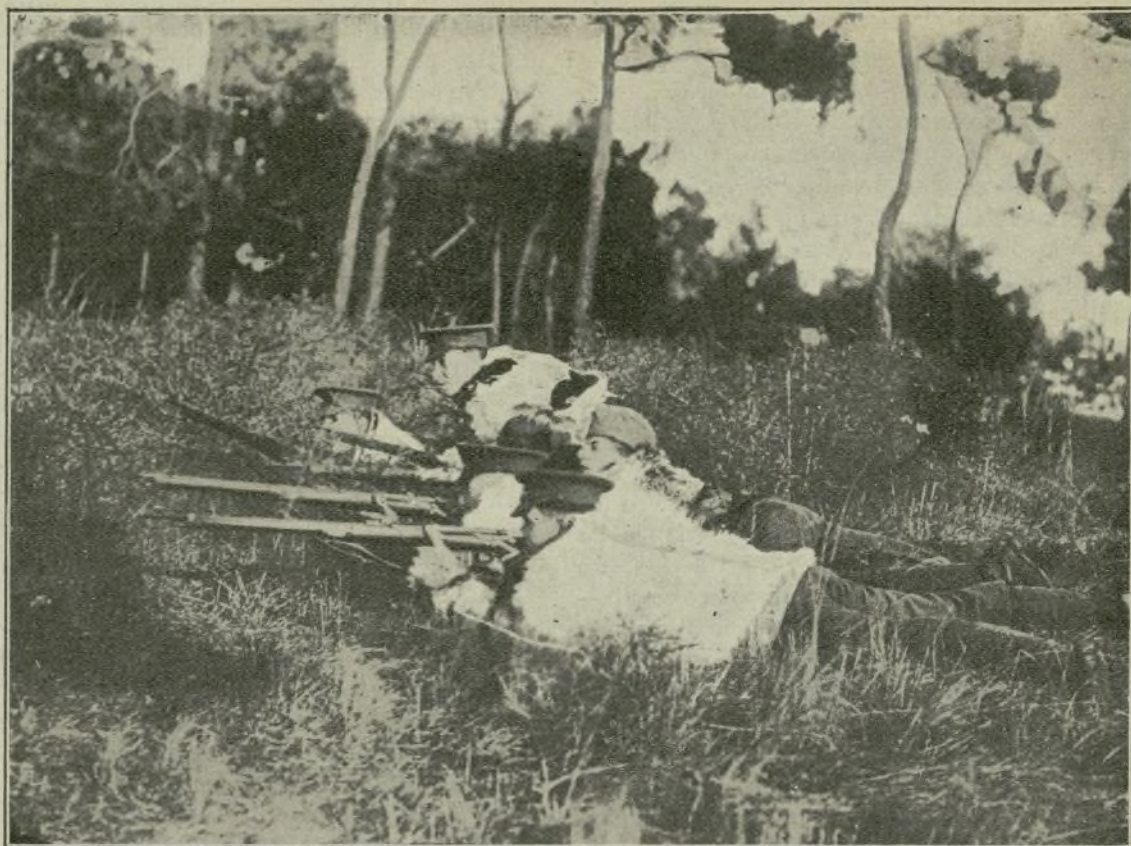
Todo es maravilloso y perfecto; también los italia-



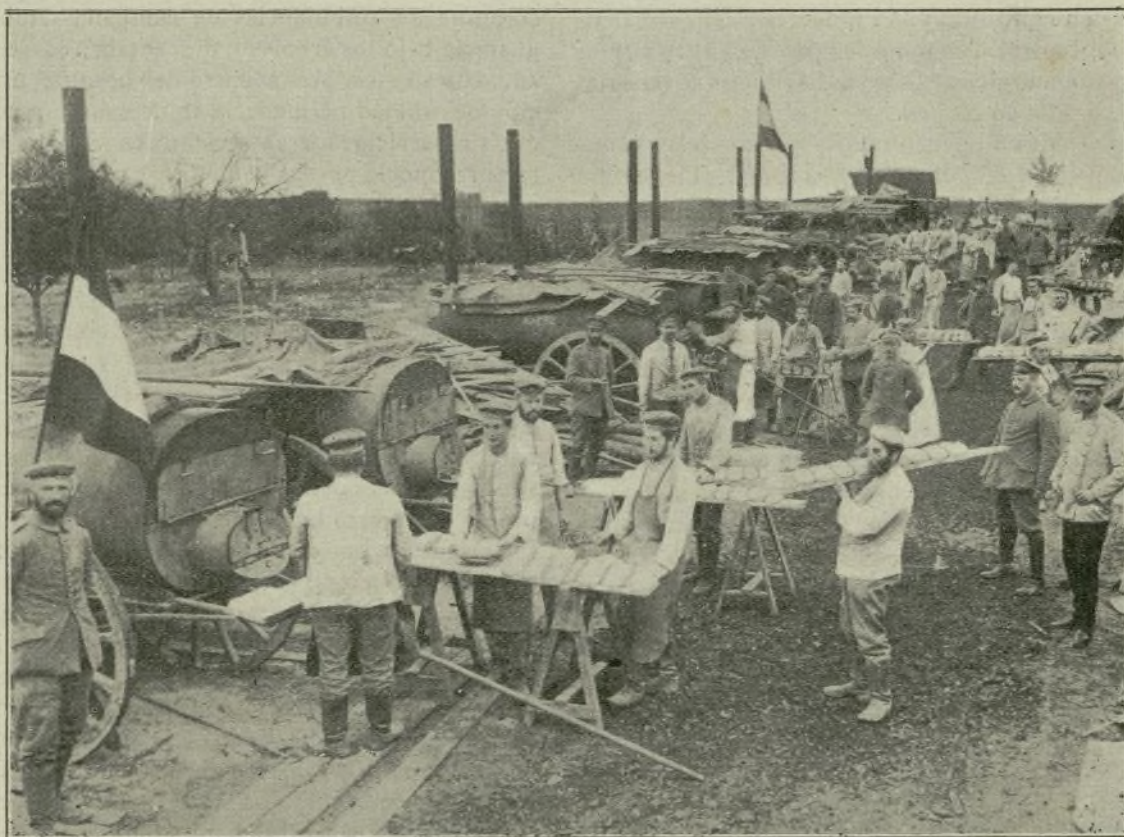
Vista de Lyon



Grupo de internados civiles alemanes en Orenburg (Rusia)



Una patrulla inglesa en el frente Occidental



Hornos alemanes de campaña en el frente Occidental

Ayuntamiento de Madrid

nos construyen muy bien las trincheras, artísticamente. La única objeción que yo puedo hacer a las carreteras de montaña es que, cuando el enemigo ocupa un trozo de territorio, las utiliza en su provecho. Esto es lo que ha ocurrido en las operaciones en el Trentino, porque los austriacos tienen a su disposición más caminos que antes. A veces, me admiraba pensando si los italianos no prodigan demasiado estos medios de guerra y pierden de vista su finalidad, porque en las nueve décimas partes de la frontera la guerra es alpina; esto explica que los soldados italianos posean el arte de la guerra de montaña en un grado de perfección difícil de alcanzar.

Los grupos alpinos italianos varían en fuerza y composición. Usualmente operan los batallones locales, retorzados por los montañeses del Piamonte y completados cuando es necesario por infantería de línea, que opera en los valles más bajos, dejando las cumbres a los montañeses. Se agrega artillería según las necesidades—de montaña, de campaña o pesada—y hay gran abundancia de ingenieros; el transporte por mulas es muy bueno.

Los alpini usan una buena bota en circunstancias normales, pero para marchar sobre el hielo se quita el tacón y se pone una chapa de hierro claveteado. Usan también la escharpa da gatto, más duraderas y resistentes que las alpargatas de los Pirineos. La gaveta o sea la fiambrera, es muy práctica. Tiene un depósito de alcohol en la base y una mecha, que les permite calentar el vino o hacer café. Emplean raquetas o skis sobre la nieve, y llevan el alpenstock o el hacha de hielo.

Antes de venir aquí no comprendía la guerra de trincheras que se había extendido en estas montañas tanto como en el llano. Las defensas no son, por su puesto, tan continuas y tan innaccessibles, pero tienden a concentrarse en todos los pasos y en los puntos de importancia táctica. A veces hay líneas adversarias sólo separadas 20 metros.

Los alpini no pueden maniobrar como sus camaradas del ejército, y obran por sorpresa. Tienen un sistema de ataque por infiltración no muy diferente de los métodos boers, y se valen de estratagemas y sorpresas que merecen ser estudiadas.

Su adversario es digno de ellos, porque los montañeses austriacos no son débiles o insignificantes enemigos, y todos sabemos lo bien que tiran y su agilidad en las montañas. Cuando un oficial de alpini nos aconsejó que no contempláramos el paisaje, porque estábamos al alcance del fuego enemigo, no tuvimos escrúpulos en obedecerle.

Los alemanes educaron a sus cuerpos de alpinos aquí antes de enviarlos a Serbia, y los italianos hicieron muchos prisioneros de ellos: bávaros, westfalianos y de la Prusia Oriental. Me han dicho los oficiales de alpini y no hay la menor duda de que es verdad, que la artillería alemana está cooperando con la austriaca en el frente italiano.

Los alpini se mantienen en sus posiciones durante el invierno y el verano, sin moverse de los altos picos. Han tenido muchas bajas, y también los aludes les han causado serias pérdidas. Uno les abandona con sentimiento, porque son excelentes camaradas y la guerra que hacen es muy dura.

Pasubio no es uno de los picos más altos que están en poder de los italianos, pero la nieve cae allí

hasta fin de mayo, y de nuevo nieva a últimos de agosto. De aquí que la temporada para operar en grandes masas en los Alpes sea muy corta. Debemos también recordar que se practican defensas en la nieve durante el invierno, mientras que en verano se hacen en las rocas y tierra. Los caballos de frisa con alambre espinoso quedan a menudo cubiertos por la nieve en una noche, y han de ser renovados. Cuando la nieve se funde, todos esos obstáculos reaparecen de pronto.

También reaparecen otros espectáculos macabros, como los 600 cadáveres austriacos que quedaron en el Monte Nero. Habían caído mientras nevaba y la nieve les cubrió. Al llegar el verano reaparecieron una mañana, en actitudes extrañas, como si estuvieran vivos, y dieron a la guarnición italiana un susto de primer orden.

LA GUERRA EN LOS AIRES ⁽¹⁾

En uno de los viajes que, acompañado por el capitán de caballería von Behr hice desde Sedan, pasé por Cernay, Condé y Challerange. En el primero de esos pueblos saqué un par de fotografías de una columna de municiones, junto a la cual unos soldados preparaban su comida de mediodía, y de una compañía dispuesta a marchar y que se dedicaba a la instrucción antes de ser enviada al frente de batalla. En la segunda localidad vi un contingente de la landsturm, también haciendo el ejercicio, y un vivaque de carruajes cubiertos y caballos. Pero lo más bonito era la columna de municiones, cuyos coches se abrigan bajo las ramas de los árboles de un bosque inmediato, algo apartados del camino, para no ser descubiertos por los aviones franceses. Una columna de ambulancias de campaña también se guarecía bajo los árboles y descansaba; los caballos andaban sueltos. Más adentro del bosque, una sección de sanidad permanecía en descanso, esperando que sus servicios fueran reclamados. Su campamento se reconocía por las banderas, que ostentaban la cruz roja sobre campo blanco. Igualmente se había refugiado bajo los árboles del bosque una columna de cocinas de campaña.

Los aviones franceses aparecían todas las tardes entre cinco y seis. Su objetivo era doble: batir con sus bombas a las tropas alemanas, y descubrir los movimientos de tropas y las posiciones de artillería. El puente sobre el Dormoise, en Autry, fué bombardeado por los aviones enemigos dos días antes, sin que sufriera daño, pero dos soldados resultaron muertos. En otro lugar, no lejos de allí, un soldado fué alcanzado por una de las flechas que lanzan los aviadores franceses; la flecha le hirió en la cabeza y después atravesó por completo el caballo en que iba montado el militar. Tales flechas, que son de hierro, caen con una velocidad mayor que la de una bala de fusil. En Grand Pré, unos días antes, un capitán fué muerto por una de esas flechas, y veintisiete hombres quedaron heridos por la explosión de una bomba arrojada desde un aeroplano. En un pequeño pueblo de esta zona, fué bombardeada por los aviones la cabeza de una vía férrea que se estaba tendiendo, sin resultado. Apenas es descubierto un

(1) Del libro de Sven Hedin: «Un pueblo en armas».

avión se le bate con artillería especial. En las posiciones más importantes de Alemania hay montado un servicio de vigilancia para avisar la aproximación de los aviones enemigos; si uno de éstos se acerca a una ciudad durante la noche, varios proyectores le dirigen sus haces luminosos, para cegar y desorientar al piloto; además desde las torres de las iglesias comienza el fuego de las ametralladoras que dan caza al aeroplano.

Tropas, baterías y columnas buscan la protección que el terreno ofrece, no solamente para precaverse del peligro de las bombas y flechas, sino también para disimular sus posiciones y movimientos. El aviador se vale de varios métodos para dar cuenta de sus observaciones. A veces hace señales directas, por ejemplo, con banderas o lámparas eléctricas, cuyo destello se descubre bien desde tierra con el auxilio de unos gemelos. Cuando un piloto descubre tropas o columnas en un bosquecillo o bien ocultas en determinado lugar, vuela a lo largo del perímetro que quiere señalar y así localiza la posición del objetivo, que no tarda en recibir una lluvia de granadas. Una de las más importantes misiones de los aviadores consiste en dirigir el tiro de la artillería; si una batería francesa cañonea una batería o posición alemana, cuya situación ve claramente el aviador, éste se sitúa sobre el objetivo y dirige el tiro: si los proyectiles caen cortos, el avión describe una cruz de pequeños diámetros, y una cruz de gran diámetro si resultan largos; cuando las granadas caen a la izquierda del objetivo, el avión gira a la derecha y recíprocamente. De este modo el tiro se va acercando al blanco, gracias a las señales que hace el avión. Es claro que estas habilidades las practican también los alemanes. Cada vez que una batería es descubierta por un aeroplano francés, cambia de asentamiento durante la noche.

Por lo demás, la circunstancia de que la guerra se está desenvolviendo en territorio francés, ofrece al enemigo grandes ventajas, porque la población civil le presta todo su concurso. Nunca faltan paisanos que por medio de señales convenidas, o luces durante la noche, indiquen la situación de las tropas y sus movimientos. Apenas un cuartel general se sitúa en un lugar determinado, el enemigo tiene noticia de ello y comienza el fuego de artillería. Las señales son de muchas clases; unas veces un pastor conduce su rebaño a un lugar determinado, otras se encienden luces en puntos convenidos, etc. Cada cual formará el juicio que estime conveniente sobre la licitud de ese espionaje, pero es evidente que cuando un país ve al invasor en su territorio no repara en medios para ocasionarle todo el daño posible.

El mantenerse en continuo movimiento es la mejor precaución contra el espionaje y la observación directa. Generalmente, estos movimientos se efectúan durante la noche. De día, se descansa bajo la protección de los árboles. Los alemanes son maestros en ocultar los movimientos y situación de sus tropas. La gran capacidad de marcha del ejército alemán, su rapidez y la facilidad con que las diferentes unidades se agrupan o dislocan, junto con lo acostumbrada que está la infantería a las largas marchas, hacen del ejército alemán, en este aspecto, el mejor del mundo.

Posteriormente, me trasladé con el capitán von Behr al campamento de aviación de X, donde había seis Gotha-Taubes con motores Mercedes, debajo de grandes tiendas de campaña amarillas. Uno de los taubes había sido perforado en un ala por un balín de shrapnel, y la cola estaba compuesta de pequeños pedazos añadidos; esas averías son la mejor patente del valor de los aviadores. Cuantas más roturas tiene el avión, tantos más son los peligros a que se ha expuesto el aviador, porque más ha sufrido el fuego enemigo. No sé cual sentimiento es más desagradable: si el del propio vuelo o el de saber que hay cañones que están esperando que aparezca el aeroplano para batirlo.

Mientras estuvimos en el campamento de aviación, se elevaron dos taubes. Es un espectáculo hermoso contemplar cómo se desliza el aeroplano sobre el suelo, se separa enseguida de él y remonta lentamente, pasando por encima de los árboles. Ya en el aire, comienza a describir espirales, y las dos cruces de hierro que van pintadas en la parte inferior de las alas, se van haciendo cada vez más pequeñas. Se asemeja a una paloma mensajera, que al remontar el vuelo parece desconcertada y sólo procura ganar altura, para partir luego como una flecha en línea recta. Así, el primer taube, después de describir la última espiral se dirigió rápidamente al S., hacia las posiciones francesas. El observador, con el plano, el cuaderno de notas y unos gemelos, efectúa sus observaciones, de las que da cuenta a su regreso. Por encima de las posiciones enemigas se obtiene una seguridad casi absoluta al llegar a la altura de 2.000 a 2.500 metros, pero a los 600 metros de elevación el piloto y el observador empiezan a estar tranquilos. El segundo taube se remontó a su vez.

Un aviador alemán me contó en Bapaume sus impresiones. De ordinario necesitaba tres cuartos de hora para alcanzar la altitud de 2.000 metros, y llegado a esta altura volaba hacia las líneas francesas. El panorama que se descubría a sus miradas era espléndido. Todo el paisaje en que se desarrollaba el combate se presentaba a su vista. En tiempo claro, nada se le ocultaba: las tropas en marcha, las columnas de municiones y los carruajes del tren, aunque procuraran resguardarse bajo el follaje. Veía las posiciones de artillería, pese a las precauciones que adoptaban para no ser descubiertas, así como los jinetes sueltos y los viandantes.

Pero todavía veía algo más en sus viajes aéreos: el fuego y las humaredas de los cañones franceses y alemanes, la caída de los proyectiles y las explosiones. El infierno se desataba bajo del avión, y los franceses le apuntaban sus cañones para derribar el aeroplano. Los shrapnels estallaban a su alrededor. Se necesita un gran dominio de sí mismo para resistir este espectáculo. El aviador en cuestión aún no había sido herido, pero su máquina ostentaba señales indelebles de los proyectiles franceses. En sus viajes oía el crepitar de las ametralladoras y de los fusiles que le daban caza, y sabía que con gemelos de campaña seguían sus movimientos desde todos lados. Cuando un hombre en estas condiciones sabe que en cualquier momento puede ser derribado su aparato y que al caer le espera una muerte segura, necesita una gran serenidad y sangre fría para que sus nervios no se conmuevan.

A pesar de todo, hay que cumplir con el deber. No dejarse dominar por los nervios y seguir el vuelo hasta haber adquirido los datos necesarios; lo ve y lo oye todo, a veces se impresiona, porque al fin es un sér humano, pero sigue su viaje. De pronto, observa que se le acercan aeroplanos franceses; no obstante, no varía su rumbo; los aviones enemigos se acercan por momentos. Se impone entonces el completo dominio de sí mismo. Él mismo o el adversario han de caer probablemente a tierra y morir sin remedio, pero hay que afrontar el encuentro. La muerte le acecha por todos lados. El francés suele estar armado con una ametralladora (1), destinada a su colega alemán. Éste toma al punto su partido.

Si el vuelo se desliza normalmente, el aviador permanece tres horas en el aire. Una vez terminada su misión, vuelve el rumbo a sus líneas, detiene el motor y desciende en cuatro minutos, que le parecen eternos. Desciende en vuelo planeado, con el motor quieto, y al poner el pie en tierra firme experimenta una gran sensación de bienestar. Con todo, rara vez su descanso es completo, porque los campamentos de aviación suelen ser atacados furiosamente por los aeroplanos enemigos.

Los aviadores franceses vuelan a menudo sin observador, para poder llevar más bombas. Si el aparato va tripulado por dos personas, pueden ir tres bombas. Si solo va el piloto, lleva seis o más pro-



Una posición húngara en la línea del Strypa

Puede mantenerse a un nivel más alto o más bajo que el enemigo. Si se pone por debajo, el fuego de la ametralladora resulta inofensivo. Si se remonta a más altura, suele recibir algún proyectil la ligera coraza de su aeroplano. Lo principal es no mantenerse en el mismo plano que el adversario. Pero suele ocurrir que también el francés se obstine en ganar altura, y ambos pugnan por dominarse mutuamente. Semejan dos aves de rapiña entregadas a vuelos fantásticos, persiguiéndose, jugueteando en el aire, moviéndose en todos sentidos, pero disparándose sus armas. Y todo esto tiene lugar mientras a más bajo nivel truenan los cañones y se fusilan los soldados metidos en las trincheras.

(1) Estas impresiones se refieren al primer año de la guerra. Desde entonces el armamento de los aviones ha hecho grandes progresos. (Nota de la R.)

yectiles. Una bomba pesa diez kilogramos y mide medio metro. La destreza en la puntería sólo se adquiere con la práctica. Las más de las bombas no producen daños. Cuando más, son los caballos quienes sufren las consecuencias, aunque hay casos de todo.

Cuando yo estuve en el vivaque de Bapaume, voló un avión por encima. Cinco hombres buscaron refugio bajo un carro de bagages pesadamente cargado; la bomba cayó en el carro, y de los cinco hombres no quedaron más que restos sanguinolentos, siendo inútiles los auxilios que quisieron prestárseles.

Es indudable que la aviación ha de ser cada día más útil y aun necesaria en la guerra y que tiene abierto ante sí un gran porvenir.

LA CAMPAÑA NAVAL

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES
perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

N.º	Nombre del buque	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Nacionalidad	Observaciones
261	Crimond	173	17 Mayo 15	Harwick	Submarino	Inglés	
262	Minerva	»	23 — —	Tyne	—	—	
263	Hernodia	»	25 — —	Soederarm	Mina	—	
264	Nebraskan	4.490	26 — —	M. Irlanda	Submarino	Yanki	
265	Betty	»	26 — —	M. Norte	—	Danés	
266	Morwenna	»	26 — —	Stonneshead	—	Inglés	
267	Carib	»	1 Marzo —	C. Inglesa	Mina	Yanki	
268	Kasaga	»	24 Oebre. 14	M. Indico	Cañón	Japonés	Emden
269	Folke	»	16 Abril 15	Peterhead	Submarino	—	
270	Nolke *	»	18 — —	Stavanger	—	Danés	
271	Helespontos	4.500	16 — —	M. Norte	—	Griego	
272	Katuyk	»	— — —	—	—	Holandés	
273	Duero	»	9 — —	Cardiff	—	Portugués	
274	Harpalyce	»	10 — —	M. Norte	—	Inglés	
275	Frederic Frend	»	12 — —	Portsmouth	—	Francés	
276	President	»	12 — —	Eddystone	—	Inglés	
277	Wayfarer	»	13 — —	I. Scilly	—	—	
278	Guérnesey	»	14 — —	La Foraine	Nafragio	—	
279	Ptármigan	780	15 — —	Noorhinder	Submarino	—	
280	Cadeby	»	28 Mayo —	I. Scilly	—	—	
281	Fly	»	28 — —	Soederarm	Mina	Danés	
282	Minerva *	»	27 — —	M. Norte	Submarino	Noruego	
283	Ethiopie	»	29 — —	Falmouth	—	Inglés	
284	Tuloshmoor	3.520	29 — —	Barry	—	—	
285	Ryndam	»	29 — —	—	—	Holandés	
286	Spengmoore	»	28 — —	South Shieds	—	Inglés	
287	Champagne	»	28 — —	Saint Nazaire	Encallado	Francés	
288	Glenlee	»	31 — —	Canal	Submarino	Inglés	
289	Cisne	»	31 — —	—	—	Portugués	
290	Soborg	»	1 Junio —	Tyne	—	Inglés	
291	Dixiana	3.329	1 — —	Canal	—	—	
292	Saidieh	3.303	2 — —	M. Norte	—	—	
293	Mars	»	2 — —	Canal	—	Ruso	
294	Hirold	»	4 — —	Lundy	—	Inglés	
295	Victoria	»	4 — —	Stonneshead	—	—	
296	Salvador	2.500	4 — —	M. Norte	—	Danés	
297	Lapland Novik	»	4 — —	Peterhead	—	Sueco	
298	Dinorah	»	19 Febr. —	Dieppe	—	Francés	Antes austriaco
299	Bebridge	»	19 — —	Canal	—	Noruego	
300	Cazaminas	»	21 — —	Costa belga	Mina	Inglés	
301	Sumatra	»	22 — —	Atlántico	Cañón	—	Karlsruhe
302	Wolfrid	6.000?	— — —	—	—	—	
303	Transporte B	»	22 — —	Canal	Submarino	—	
304	Ville de Lille	»	18 — —	—	—	Francés	
305	Cazaminas	»	22 Dbre. 14	Scárborough	Mina	Inglés	
306	Id.	»	— — —	—	—	—	
307	Id.	»	— — —	—	—	—	
308	Cubano	5.000	4 Junio 15	Galonhead	Submarino	Noruego	
309	Penfeld	»	— — —	Canal	—	Inglés	
310	Enamay	»	3 — —	M. Norte	—	—	
311	Strathabran	»	4 — —	—	—	—	
312	Jona	3.344	5 — —	I. Fair	—	—	
313	Chrisoprasus	»	5 — —	—	—	—	
314	Yukum	4.747	5 — —	C. Lizard	—	—	
315	Montrosa	1.056	5 — —	M. Irlanda	—	—	
316	Delta	»	5 — —	I. Scilly	—	Belga	
317	Bochananan	»	30 Enero —	M. Irlanda	—	Inglés	
318	Durward	»	24 — —	—	—	—	
319	Balekwood	»	8 — —	Hasting	—	Francés	
320	Montagnela	»	— — —	Atlántico	Cañón	—	C. aux. K. W. 1
321	Union	»	8 Enero —	—	—	—	— 2
322	Ana de Bretaña	»	8 — —	—	—	—	— 3
323	Amiral Ganteau- [me]	»	11 — —	Canal	Submarino	—	
324	Windsor	»	27 — —	M. Norte	Mina	Inglés	
325	Gallier	»	25 Dbre. 14	—	—	—	
326	Trawler, n.º 58	1.000	— — —	—	—	—	
327	— 99	—	— — —	—	—	—	
328	— 465	—	— — —	—	—	—	
329	— 450	—	— — —	—	—	—	
330	Garmo	»	— — —	—	—	—	
331	Transporte A.	»	5 Marzo 15	Ostende	Cañón	Francés	
332	Sunlight	»	6 Junio —	M. Irlanda	Submarino	Inglés	
333	Facehoand	»	4 — —	Peterhead	—	—	
334	Princess Victoria	»	9 Marzo —	Liverpool	—	Danés	
335	Curlew	»	4 — —	Peterhead	—	Inglés	
336	Dogberry	»	6 — —	I. Fair	—	—	

(Continuará)

CRÓNICA MILITAR

I. Métodos anti-estratégicos.—II. Hindenburg y las operaciones en Rusia.—III. La situación el 10 de agosto;

I.—Métodos anti-estratégicos

Desde las sangrientas batallas de Flandes, en el otoño de 1914, se está repitiendo en el frente occidental el mismo caso: el beligerante que, tras el acopio de fuerzas y elementos y una preparación muy minuciosa, emprende la ofensiva, obtiene un éxito táctico en la primera fase del ataque, pero después éste se detiene; la línea enemiga se alabea, sin romperse y la situación militar continúa siendo la misma de antes; para que se modificara, sería menester que el ofensor se adueñara de algún punto de importancia estratégico por sí mismo, por ser nudo de comunicaciones, cabeza de puente, etc; hasta ahora, ni los imperiales ni los aliados pueden preciarse de haber logrado una ventaja de esta naturaleza. Si cae Verdun, este será el primer hecho de resonancia militar acaecido desde la batalla del Aisne.

La indecisión de las operaciones proviene tanto del grado de resistencia de las líneas atrincheradas como del método de ataque. Para economizar vidas, se pide al cañón que destruya preliminarmente las defensas del adversario, y ello obliga a concentrar un número enorme de bocas de fuego en el sector atacado y a ejecutar un cañoneo intensísimo de muchas horas de duración; el defensor queda así advertido de lo que contra él se proyecta, y puede llamar a sus reservas y mejorar los atrincheramientos de retaguardia, hasta hacerlos tan fuertes como los que están siendo batidos por la artillería del ataque. Se despoja así a las operaciones de su carácter imprevisible y fulminante, bases insubstituíbles del éxito estratégico, y como es lógico no se consiguen más que insignificantes beneficios de orden táctico.

He creído siempre y lo he dicho más de una vez, que pese a todas las defensas artificiales y a las más extraordinarias medidas de previsión, aquel de los beligerantes que se decidiese a perder 100.000 hombres en una ofensiva, llegaría a romper la línea adversaria y devolvería a la guerra su cualidad sobresaliente de movilidad, sin la cual no hay verdadera combinación estratégica; pero a la altura a que han llegado las operaciones, ni los aliados ni los imperiales se atreven a arrostrar las consecuencias de un sacrificio tan grande, por abrigar el fundado temor de que la guerra continuaría aunque fuese derrotado seriamente el ejército enemigo, toda vez que el problema que ahora se ventila no es el de la destrucción de las masas armadas, sino el abatir el espíritu y romper la voluntad del pueblo rival.

Cuando se escriba la historia de la guerra es muy posible que se abra paso la convicción de que se han perdido más vidas con la premiosa y vacilante ofensiva que hace meses estamos presenciando, que las que hubiera costado un ataque sostenido y a fondo. Pero cuanto más se le aplaza, más razones obligan a demorarlo. Ha pasado la ocasión que no volverá a presentarse hasta que uno de los beligerantes se encuentre muy quebrantado y lo sepa el otro, lo cual puede tardar años en ocurrir o simplemente unos pocos meses. Desde tan lejos no se puede saber.

Para que los métodos actualmente empleados dieran el resultado apetecido sería indispensable que la ofensiva, con todos sus poderosos recursos, se intentase a la vez en dos o más sectores, única manera de que el defensor tuviera que dividir sus reservas y cayera el atacante, con gran superioridad de fuerzas y elementos, sobre el objetivo principal. Por lo que se está viendo, ninguno de los dos bandos posee el suficiente número de cañones y proyectiles para ejercer ese esfuerzo simultáneo en varios puntos. Ni es probable que llegue a poseerlos nunca, porque a medida que él aumenta la capacidad de producción de sus fábricas, la mejora también el adversario. Además, los alemanes—y es probable que lo mismo hagan los aliados—perfeccionan de día en día sus organizaciones defensivas, que se extienden, formando una tupida y segura red, muchos kilómetros a retaguardia. Los atrincheramientos ahora conquistados por los ingleses en el N. del Somme, por ejemplo, son muchísimo más perfectos y de más fácil defensa que los tomados por los franceses en Artois y en Champagne; es de suponer que los nuevos que se construyan dejarán atrás a los existentes, y que las dificultades de la ruptura de la línea crecerán por lo menos en igual medida que la potencia de los medios destructores.

Como esto acontece al cabo de dos años de guerra, cuando los pueblos están fatigados y el alto mando se ha hecho prudente y ha perdido la confianza en sí mismo, se alejan las probabilidades de que la guerra termine por una rápida acción militar, por lo menos en el frente oriental. Con no perder su condición de invasores aseguran los imperiales el éxito final a su favor; para ello necesitan economizar sus fuerzas, economía igualmente indispensable a los aliados, toda vez que de lo contrario podría sobrevenir una grave mudanza en la marcha de la guerra. Y desde el momento que en la guerra pasa al primer plano esa previsión de ahorrar vidas, huye la estrategia y la guerra torna a sus metodismos y sistemas, quebrantados por el gran Federico y arruinados definitivamente—según se creía, de un modo equivocado—por el corso inmortal. No es la victoria lo que se persigue en el teatro francés, sino el desgaste del adversario, el resistir más que él. Finalidad equivocada por parte de uno o del otro beligerante, porque los triunfos no son iguales y forzosamente uno de los bandos lleva la mejor parte. Quién es el que está peor lo ha de decir la impaciencia que cada cual muestre, los esfuerzos que haga por romper el equilibrio y cambiar la situación.

Esto es lo que resulta del empleo de unos métodos que parecen desenterrados para sepultar la estrategia.

II.—Hindenburg y las operaciones en Rusia

El mariscal von Hindenburg ha sido nombrado generalísimo de los ejércitos austro-alemanes que operan contra los rusos. A los méritos eminentes que el famoso general contrajo en sus admirables

campañas ofensivas de Prusia Oriental, Polonia, Lituania y Curlandia, sumáronse después los de la campaña defensiva en el Duina contra los ejércitos de Kuropatkin, en la primavera última, de modo que es un caudillo ducho en toda clase de operaciones y muy conocedor de su adversario.

Se encarga del mando en circunstancias difíciles y en condiciones poco ventajosas: las derrotas de los austriacos tuvieron lugar a la vez que se demostraba la resistencia inquebrantable de las tropas austro-alemanas del conde von Bothmer y el vigor de las alemanas de von Linsingen; al fin, fueron éstas arrastradas en la derrota; la unidad de mando, y también la de acción y objetivos, estaba tan quebrantada que podía considerarse perdida; el ala derecha austriaca se amparaba en los Cárpatos y cedía en Galizia; Wladimir Wolinski y Kovel, seriamente amenazados; los rumanos presenciando de cerca las victorias rusas; el ejército ruso, que había perdido la fe, se estremecía de entusiasmo y renacía la esperanza en él; el retroceso en Volinia, amenazaba la modificación del centro alemán, del príncipe Leopoldo, que acaso repercutiera más al N..... El éxito de los moskovitas no puede compararse con el que hace dos años obtuvieron en Galizia, precedido del efímero en Prusia Oriental, y ni siquiera cabe parangonarlo con las victorias de los imperiales en la primavera y verano de 1915. Pero ha tenido por resultado el trocar en aguerrido un ejército bisonño, de nueva formación, ha alentado en Rusia el deseo de luchar y vencer, ha despertado el entusiasmo en el Oeste y en Italia; la paz se ha alejado. Además, en el estado de quebranto en que se encuentran todos los beligerantes, ha de concederse a estos triunfos rusos una importancia mayor que la que hubieran tenido hace un año o dos; sobre todo, ha resurgido el poderío militar de Rusia, acaso más en lo moral que en lo material, mientras que las tropas austro-alemanas derrotadas han perdido la cohesión orgánica y ocupan, no las posiciones que les convienen, sino las que el adversario les ha impuesto. La ocasión es de prueba para Hindenburg, la más comprometida en que puede encontrarse un general hasta aquí mimado por la fortuna.

Recordando los métodos de Hindenburg, es de esperar alguna maniobra ofensiva. Para ello, lo primero que se necesita es una nueva agrupación de las masas, las más de las cuales ocupan ahora posiciones falsas y expuestas. De consiguiente, nada tendría de extraño que presenciáramos una retirada total o parcial, a la manera de aquella célebre de la segunda invasión de Polonia, seguida inmediatamente de un ataque. Porque lo más urgente es modificar la situación respectiva de los dos ejércitos: el ruso está armónicamente distribuido y sus diferentes unidades se encuentran bien enlazadas y apoyadas, lógico resultado de una campaña feliz, en tanto que el austro-alemán se encuentra en el caso radicalmente opuesto. Es menester, pues, desencuadrar el frente ruso, hacerle perder la combinación de sus movimientos, presentarle objetivos diferentes—graduando y diferenciando la defensiva en los varios sectores—, producir una solución de continuidad o una situación débil, y aprovecharse sin perder un momento de esta buena oportunidad. Como se comprende, los preparativos requieren algún tiempo, durante el cual

es posible que en la apariencia aumente la libertad de operaciones de los rusos.

Dado el adelanto de la estación en que nos encontramos, es poco probable que el objetivo alemán tenga la finalidad propia de toda campaña decisiva. Se trata, en primer término, de contener el avance ruso y castigar severamente al adversario. Los objetivos militares más importantes se encuentran en Volinia, tanto porque allí se apoya el flanco del centro alemán, como porque una victoria en Volinia anularía las ventajas obtenidas por los rusos más al S. Pero como el nombramiento de Hindenburg y el deseo de los imperiales de atajar la ofensiva rusa, están enlazados probablemente con la actitud de Rumania, podría ser que el objetivo político prevaleciera sobre el militar y se intentase con preferencia la reconquista de Bukovina. La situación está, en suma, preñada de obscuridades.

Con el alejamiento de Hindenburg del frente del Duina, mejora la situación de los rusos en este frente. O bien pueden retirar tropas de él para trasladarlas al S., o bien intentar una nueva presión, con más probabilidades de éxito.

Desenvuélvanse los acontecimientos de un modo o de otro, el propósito de los austro-alemanes de mantenerse a la defensiva en el E. ha fracasado; el empuje íncesante y sostenido de los rusos les ha obligado a reaccionar en este frente y a empeñarse en él con más intensidad, pese a las batallas que se están librando en el teatro occidental. Los aliados han conseguido sacar a viva fuerza de su pasividad a los ejércitos alemanes del E.; ha llegado, pues, el momento de que su presión en Francia y en Italia y en Macedonia se eleve al grado máximo, correspondiendo así al extraordinario empuje de los rusos. De donde se infiere que el mando recientemente encomendado a Hindenburg acaso sea la señal para que la guerra entre en el período de mayor actividad y se produzca el desenlace. No lo espero, en lo que atañe a los teatros del O. y S., y me inclino a creer que tampoco se piensa en dar grandes vuelos a la acción del generalísimo contra los rusos; pero como los planes evolucionan y se modifican con sujeción a las circunstancias y a lo que hace el enemigo, de la habilidad o torpeza de Brusilov depende, en definitiva, el alcance y extensión que van a tener las próximas operaciones.

III.—La situación el 10 de agosto

El nombramiento del mariscal Hindenburg para el mando de los ejércitos austro-alemanes del frente ruso, y el del archiduque Carlos para acaudillar las tropas que luchan en el extremo izquierdo o S. del vasto frente, indican que la ofensiva rusa ha adquirido un carácter de gravedad al que conviene poner término. A pesar de que los rusos iniciaron sus operaciones el 1.º de junio, el vigor de sus ataques no decae. Desde el S. de Pinsk a las faldas de los Cárpatos, la presión no ha decaído un solo momento, y si bien está contenida en el N., en el Stojod, y se pelea con suerte varia en el centro, en Galizia continúa el avance moskovita, que podría dar lugar, si no se le ataja, a la retirada del ejército del conde Bothmer, que es quien mejor ha defendido su posición. Las disposiciones que habrá tomado el maris-

cal Hindenburg tardarán algunos días en trocarse en hechos; por ahora, lo positivo es que los austriacos han reforzado sus tropas de los Cárpatos y van arrojando de estas montañas a los rusos, quienes, en compensación, se extienden un poco más al N., en dirección a Stanislaw. La situación en conjunto se presenta muy confusa en este frente de Galizia y Volinia. Así como el empuje principal tuvo lugar en el Styr, en el primer período de la campaña, después se ha acentuado la acción en el Strypa y, últimamente, al S. del Dniester, donde los rusos han obtenido éxitos de consideración; como consecuencia, la línea de batalla austriaca en Galizia, está bastante descompuesta, por lo que es de esperar que si Hindenburg dispone de fuerzas suficientes, dirigirá sus golpes contra otro punto para anular, valiéndose de la maniobra, las ventajas del enemigo. Es evidente que, en la situación que actualmente ocupan, si el ejército ruso contara con suficientes oficiales y estuviera capacitado para la maniobra y no solamente para los ataques frontales, podrían verse en un caso comprometido los austro-alemanes. El desenlace todavía está lejano.

En el Duina y en Poliesia no ha ocurrido nada digno de mención.

Permanece estacionaria la guerra en Armenia. En Persia se afirman los éxitos de los otomanos. Cerca de Port Said, una columna turca de 14,000 hombres dirigió un fuerte ataque contra las defensas inglesas, obteniendo algunas ventajas en los primeros momentos; acabó por ser rechazada y perseguida, perdiendo 3,000 prisioneros.

En la frontera de Macedonia menudean los encuentros y escaramuzas entre búlgaros y serbios; los ingleses han tomado parte en alguno de esos combates, que hasta ahora no han revestido importancia.

En el Somme, la batalla ha degenerado en lucha de posiciones; se ha empequeñecido, y se pelea hace días por la posesión de un bosque, de una aldea o un grupo de trincheras. En general, la situación no ha variado. No consiguen los franceses, ni los ingleses —que son los que se muestran más activos— romper el frente alemán, ni siquiera hacer progresos de consideración. Los contraataques alemanes son muy vigorosos y rompen la energía del esfuerzo atacante.

Extraordinaria intensidad ha alcanzado en los últimos días la batalla de Verdun. Los franceses recuperaron el fuerte de Thiaumont y el pueblo de Fleury, posiciones que han sido teatro de combates furiosos y desesperados. El pueblo y el fuerte han sido perdidos y conquistados varias veces, quedando, en el momento de escribir estas líneas, en poder de los alemanes. Mientras se batían los dos adversarios en esta estrecha faja de terreno, el sitiador iba extendiéndose en los bosques que hay al N. y N. E. del fuerte de Souville, del cual distan ya muy poco las avanzadas alemanas, que amenazan a la obra con un envolvimiento por el E. Es de aplaudir la actividad de los franceses, aunque les resulte muy cara, por-

que de este modo obligan al adversario a no distraer tropas del frente occidental y cooperan en la labor de los rusos. Pero a los alemanes, a su vez, les conviene que los franceses no desguarnezcan el sector de Verdun, porque de este modo la ofensiva en el Somme es menos de temer. Como en Verdun la superioridad artillera pertenece a los alemanes y en el Somme corresponde a los aliados, aunque la desigualdad va desapareciendo poco a poco, la ofensiva francesa en Verdun supone el derramamiento de mucha sangre y un desgaste tan grande, por lo menos, como en el Somme; con todo, si los franceses disponen de reservas, obran bien ejercitando la defensa activa.

El acontecimiento culminante de la última semana es la toma de Gorizia por los italianos. Catorce meses y medio ha resistido esa fortaleza improvisada, por cuya conquista se libraron cuatro grandes batallas, desgraciadas para los italianos. Por los incompletos detalles hasta ahora conocidos, esta victoria tiene mucho parecido con la ruptura del frente ruso del Dunajec el 2 de mayo de 1915: bombardeo muy vigoroso, gracias a la concentración de un gran número de piezas, de las posiciones austriacas, y en particular de las de retaguardia, por donde habían de pasar las reservas, y los cuarteles generales; ataque violentísimo en un punto, sin resultado, y ofensiva más enérgica aún en otro lugar. Quedó casi envuelto el monte San Miguel, apagados los fuegos de la artillería austriaca, y por fin el defensor hubo de abandonar aquellas posiciones, tan gloriosamente defendidas, y entraron los italianos en Gorizia. Cayeron en manos del vencedor diez mil prisioneros, y tres mil en poder de los austriacos, en el primer ataque rechazado; el botín en material no se ha precisado todavía. Se sostienen los austriacos en las posiciones inmediatamente al E. de Gorizia, cuya expugnación inmediata conviene extraordinariamente a los italianos, para no dar tiempo al adversario a que organice una segunda línea de defensa. Si el vencedor consigue abrirse paso pronto, todo el frente austro-húngaro del Isonzo hasta Montfalcone habrá de replegarse y el éxito podrá tener importantes consecuencias.

Este empuje de los italianos, coincidiendo con la fase crítica de la ofensiva rusa, agrava la situación de los austriacos, cuyo mando supremo ha de desplegar gran serenidad y sangre fría en estas circunstancias. Con el ataque a Gorizia, que habrá de repercutir en los Cárpatos, los italianos han pagado la deuda de gratitud que les obligaba a los rusos por la intervención de éstos en el momento que los austro-húngaros avanzaban victoriosos en el Tirol.

Los zeppelines alemanes han bombardeado dos veces las provincias orientales de Inglaterra, hasta los arrabales de Londres.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

11 de agosto de 1916.